

CRISTINA ALFONSO IBÁÑEZ

Entre
todas las
estrellas

blok

B DE BLOK

Barcelona • Madrid • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • México D. F.
Miami • Montevideo • Santiago de Chile

1.ª edición: noviembre 2015

© Cristina Alfonso Ibáñez, 2015

© Ediciones B, S. A., 2015

para el sello B de Blok

Consell de Cent 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Printed in Spain

ISBN: 978-84-16075-71-3

DL B 22055-2015

Impreso por QP PRINT

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

El círculo de hadas

Todo el mundo sabe que si se entra en un círculo de hadas el tiempo se distorsiona.

Bueno, quizá no todo el mundo lo sepa.

Pero Natalia sí lo sabía, por eso resultaba tan sorprendente que decidiera entrar en uno.

Ese círculo en concreto medía un metro de diámetro y crecía bajo un roble a la vera del viejo camino del bosque. La luz verde y dorada que se filtraba entre las hojas del roble otorgaba a la escena un aura de cuento de hadas. La misma Natalia parecía una criatura del bosque, con sus rasgos delicados, la larga melena azabache que

casi le rozaba la cintura y su vaporoso vestido color melocotón. Tenía trece años pero su delicada figura hacía que pareciera más joven.

Aunque en los cuentos se decía que nunca, jamás, en ninguna circunstancia, había que abandonar el camino que cruza un bosque, Natalia se apartó de él.

Se acercó al círculo de hadas. Con cuidado se quitó el reloj digital que llevaba en la muñeca y lo posó sobre unas raíces de roble que sobresalían del suelo, para que la humedad de la tierra no lo deteriorara.

El corazón le latía muy rápido, y estaba a punto de levantar el pie izquierdo para entrar en el círculo cuando dudó. A su mente acudió entonces una imagen de su familia y, paradójicamente, en vez de frenarla, fue esa imagen lo que hizo que levantara no uno, sino ambos pies y saltara dentro del círculo.

Una vez dentro, de pie sobre la mullida hierba, mantuvo los ojos muy abiertos mientras iniciaba la cuenta desde cero hasta sesenta. Era increíble la cantidad de procesos paralelos que podía desarrollar su cerebro. Mientras seguía la cuenta en voz baja, advirtió que fuera del círculo la escena no cambiaba. Las hojas del roble se mo-

vían, quizás a causa del viento o porque en el mundo exterior las estaciones se sucedían de forma vertiginosa y, desde el vórtice donde ella se encontraba, daba la sensación de que siempre era verano y todo permanecía igual. Se dijo que, si era cierto lo que contaban las leyendas y durante cada segundo que se pasaba dentro de un círculo de hadas fuera de este transcurría un año, al llegar el segundo trece la pequeña niña que sus padres acababan de tener ya habría alcanzado su edad. En sesenta segundos, Natalia seguiría teniendo trece años y la pequeña sería una anciana. Sesenta segundos en el círculo mágico, sesenta años en el exterior. Contó hasta el segundo treinta y cayó en la cuenta de que el tiempo no solo pasaría para la niña, y que si un segundo de los suyos equivalía a un año para sus padres, quizás estos no siguieran con vida cuando ella regresase al tiempo real. Con el corazón en un puño, aterrada por la posibilidad de no volver a verlos, saltó fuera del círculo a los treinta y dos segundos exactos.

A su alrededor nada había cambiado. Natalia se acercó rápidamente al reloj y observó que no parecía más desgastado por los elementos ni por el paso del tiempo; seguía funcionando, las baterías no se habían acabado. Miró la hora y la fecha

en el calendario digital y se sintió desfallecer. Solo había pasado poco más de medio minuto, medio minuto real. Medio minuto tanto dentro del círculo como fuera de este. Natalia se sintió engañada; tanto tiempo buscando un círculo de hadas para descubrir que todo era mentira.

No pudo evitar soltar un grito teatral, con los brazos alzados hacia el cielo mientras en una de las manos seguía sujetando el reloj.

—¿Dónde está la magia cuando la necesitas de verdad?!

De pronto percibió un movimiento con el rabillo del ojo. Se volvió y vio que al otro lado del camino, más allá del círculo de setas, había una casita rodeada por una pequeña valla. Y frente a la casita, sobre un rústico banco de madera, en vez de una anciana hechicera envuelta en ropajes oscuros, estaba sentado un muchacho vestido con una camiseta de rayas y vaqueros. Contemplaba a Natalia haciendo visera con una mano en la que sujetaba un tenedor.

Al comprender que había tenido un espectador, Natalia se puso roja hasta la raíz del cabello; ni siquiera la consolaba saber que su tez nunca delataba sus rubores. Pensó que el chico de la casita debía de creer que estaba loca, gritando al

margen de un camino después de saltar dentro y luego fuera de un círculo de setas. Esperó a que él dijera algo, pero el chico se limitó a bajar el brazo y, tranquilamente, pinchar con el tenedor dentro de una lata que sujetaba con la otra mano para después llevárselo a la boca.

De pronto a Natalia la situación le pareció tan absurda que no pudo evita soltar una carcajada. Y el chico sonrió sin apartar la vista de ella, contagiado por su risa alegre.

Cuando paró de reír, Natalia se encogió de hombros y, aunque el chico no le había pedido explicaciones, en voz alta y con expresión alegre dijo:

—Es que estaba probando a ver si era un círculo de hadas de verdad y pasaban años en un instante.

Después de masticar sin prisa, el chico tragó antes de decir, señalando a Natalia con la mano con que aún sostenía el tenedor:

—Te he visto entrar y te he visto salir. Lo siento: creo que no ha funcionado.

—Ya lo sé. En fin, tenía que probar. ¿Qué estás comiendo?

—Calamares en su tinta. Pero ya no quedan, me acabo de comer el último.

A Natalia no le importó, los calamares no le gustaban especialmente. En cambio, tenía sed.

—Oye, ¿me das agua?

—Ahí atrás hay una bomba de agua. —El chico metió la lata vacía en una bolsa de plástico que Natalia no había visto hasta ese momento y se puso en pie. Cuando vio que ella no se acercaba, le hizo un gesto con la mano—. Venga, ven, que no te voy a llevar el agua hasta ahí.

—Entonces, ¿puedo entrar?

—Claro.

En vez de acercarse a la puerta, Natalia saltó la pequeña valla de madera casi completamente cubierta por la vegetación que cercaba la propiedad y que solo le llegaba a la altura de las rodillas.

Ahora que estaba cerca, comprobó que el chico tenía el cabello casi tan oscuro como el suyo y muchas pecas alrededor de la nariz que le daban un aire travieso. También apreció que el chico comenzaba a mirarla con expresión extraña.

—¿Qué?

—No me digas que eres un vampiro que tiene que pedir permiso para entrar en una casa.

—¿Cómo?

—Que en muchas pelis los vampiros no pue-

den entrar en una casa si no les autorizan a hacerlo.

—Ah, no, no soy un vampiro. Solo intentaba ser educada esperando a que me invitaras a acercarme. ¿Pueden salir de día los vampiros?

—Supongo que no. A lo mejor, los que son muy poderosos sí. O quizá puedan si tienen algún amuleto determinado.

—O gafas de sol.

—Naaa, no creo, se destruiría el cuerpo y solo quedarían los ojos.

La conversación se estaba volviendo surrealista mientras rodeaban la casa en dirección a la bomba de agua, una pieza metálica cuyo cuerpo cilíndrico se hundía en el suelo y de la que sobresalía una manivela. El chico comenzó a darle a la manivela de la bomba de agua. Antes de que empezara a salir el agua había que bombear un rato. Cuando empezó a manar, Natalia metió las manos bajo el chorro y exclamó, con deleite:

—¡Qué maravilla, qué fresquita!

La bomba llegaba a un manantial del subsuelo y por eso brotaba muy fría. Natalia se agachó y bebió haciendo un cuenco con las manos. Cuando se levantó, el agua le chorreaba por la barbilla y le había mojado el vestido y el bolsito que lle-

vaba cruzado sobre un hombro, pero no le importaba.

—Gracias, no sabía que tenía tanta sed.

—Bah, de nada. ¿Cómo te llamas? —preguntó el chico mientras volvía a darle a la manivela y ponía bajo el chorro de agua el tenedor con que había pinchado los calamares.

—Natalia. ¿Y tú?

—Pedro. Tengo doce años.

La siguiente pregunta habría sido preguntarle a Natalia por su edad, pero una voz procedente del otro lado de la casa los interrumpió.

—¡Hola! ¿Vive alguien aquí?

Natalia y Pedro se miraron.

—Yo he venido sola —dijo Natalia.

—¡Ya vamos! —gritó Pedro.

Los dos rodearon la casa en dirección a la parte delantera. Quizá debido a la conversación que habían mantenido hacía un rato sobre seres sobrenaturales, al ver a la niña que estaba de pie frente a la casa, los dos exclamaron a la vez:

—¡Un zombi!

La niña, que tenía media cara cubierta de sangre y las rodillas y codos desollados, se volvió y, mirando alrededor, gritó asustada:

—¿¡Dónde!?